

Ecosocialismo - Anticapitalistas.

Argumentario de referencia para la formación

1. Crisis ecológica actual, 1
2. Capitalismo verde y revolución cultural, 4
3. El hilo verde del marxismo, 10
4. Lazos del ecologismo con el ámbito político, 14
5. La cuestión del programa, 16
6. Orientación estratégica e intervención, 21

1. Crisis ecológica actual

En este primer bloque, podemos partir de una perspectiva histórica amplia que sitúe la coyuntura crítica actual en la larga duración, remitiéndonos a las consecuencias de la emergencia del capitalismo industrial y a su deriva posterior a la Segunda guerra mundial. Es entonces cuando las grandes economías nacionales de escala dejan de ser relativamente autosuficientes en el plano energético, acentuando dinámicas imperialistas de adquisición de recursos que facilitan la "gran aceleración" de los tiempos productivos.

Para categorizar esa mutación histórica es posible recurrir a conceptos como los de Antropoceno, Capitalismoceno o Productivismoceno, con matices diversos. El primero de ellos da cuenta de la conversión de la dialéctica entre hombre y naturaleza en una fuerza geológica, lo que de alguna manera redundaría en una visión idealista de la crisis ecosocial, al acentuar en ella el papel de la voluntad humana. Esta interpretación tiende a pasar por alto el modo en que esa subjetividad está imbricada en un modo de producción que fomenta por sí mismo -como una suerte de sujeto automático- los procesos de creación/ destrucción. El segundo, por el contrario, sitúa en el centro la crítica materialista que el marxismo propone del modo de producción capitalista. El tercero, finalmente, desplaza la crítica hacia el conjunto de la modernidad, presentando también al menos dos vertientes: la primera tiende a extender la culpa productivista a los sistemas totalitarios de signo comunista, sin preguntarse por las inercias materiales que en el plano económico, político y cultural fundamentaron esos procesos históricos; la segunda, por su parte, aspira a una deconstrucción crítica de los orígenes de la modernidad que permita objetivar las posibilidades y alcances materiales de una política ecologista en el presente, cuando debe ser pensada ya desde las ruinas de ese proyecto civilizatorio.

A continuación, conviene aclarar algunos conceptos que permiten dimensionar la magnitud de la crisis ecológica, como el de huella ecológica, que mide la relación entre la demanda humana de los recursos existentes en los ecosistemas del planeta y la capacidad ecológica de la Tierra para regenerarlos. En este punto es importante enfatizar que una de las razones que conducen al colapso ecológico se relaciona con la rápida erosión -por sobreexplotación- de la capacidad de carga de recursos y sumideros. Desde esta

perspectiva, es más que dudoso afirmar, como da por sobreentendido cierta izquierda posmoderna, que vivamos en un capitalismo postindustrial desmaterializado. La acelerada explotación de los recursos del suelo ha conducido al denominado Peak-oil o "pico del petróleo" (que establece el momento en que se alcanza la tasa máxima de producción, lo que supone un punto de no retorno para las dinámicas de crecimiento económico que, hasta el momento, han estado asociadas al incremento en la extracción de recursos fósiles) y a la carbonización de la atmósfera, que está en el origen del cambio (para algunas voces, vuelco) climático. En torno a esta segunda dimensión de la crisis ecológica, es relevante subrayar que los diversos efectos (deshielo de los polos, acidificación de los océanos, deforestación de los territorios, pérdida vertiginosa de la diversidad de las especies) pueden generar bucles de retroacción positiva – como los que afectan a la circulación termohalina, que regula las corrientes oceánicas – esto es, dinámicas de aceleración que ya no son progresivas, sino abruptas.

Por otra parte, en este punto es importante incidir en las dificultades que imaginar la dimensión del cambio climático implica para la viabilidad de un cambio radical en el metabolismo ecosocial. Estas provienen tanto de las disonancias cognitivas que impiden vincular las acciones que realizamos en la vida cotidiana con su repercusión en el conjunto del ecosistema terrestre como de la magnitud hiper-objetual del fenómeno, que dificulta su representación. Se trata de una cuestión subjetiva central, que otros autores han rastreado a propósito de la complejidad técnica y la división del trabajo en los procesos productivos o de la magnitud de la megamáquina y la burocracia estatal. En la medida en que no podemos representarnos esa realidad es si cabe mucho más complejo articular respuestas precisas a ella o valorar el alcance de la crisis ecológica lo que, en términos prácticos, puede explicar la actitud de derrota, de incapacidad o indiferencia que persiste en estas cuestiones¹. En este plano, algunos datos pueden compensar este aspecto, implicándonos más activamente en la dimensión de la situación que enfrentamos. Por ejemplo, apuntar que la variación de la temperatura media respecto al final de la última glaciación (hace 20000 años) es tan solo de 4,5 grados, mientras que las peores previsiones señalan que, si sostenemos la lógica del Business As Usual (BAU), es posible que al final de siglo nos topemos con una temperatura media hasta 6 grados superior

1 Expresiones de impotencia o desinterés son fenómenos muy vinculados cuando se producen como respuesta a realidades inabarcables. De ahí que, en buena parte, el argumentario conservador contra el cambio climático haya pasado de la negación al reconocimiento de que existe pero asegurando que no tiene sentido tratar de evitarlo, normalizándolo como un resultado "natural" de la actividad humana

respecto a la preindustrial, cuyos efectos pueden detonar en cadena procesos genocidas y biocidas de un calado difícilmente previsible.

En contra de la racionalización ecosostenible de esos intercambios metabólicos juega el descenso de la Tasa de Retorno Energético (TRE) derivada de los procesos entrópicos esbozados por la segunda ley de la termodinámica, que implica que la energía que los procesos de extracción proveen es cada vez menor.² Desde esta perspectiva, el recurso a fuentes alternativas como el fracking o las arenas bituminosas (petróleos asfálticos) representa una salida a la desesperada, pero que sin embargo es del todo comprensible en los términos de la racionalidad del sistema. Así, parece dudoso afirmar no solo la sostenibilidad ecológica del capitalismo neoliberal, sino la de los propios estados del bienestar en su configuración postbélica, dependientes finalmente de la misma dinámica extractivista e igualmente inviables en el medio plazo en términos entrópicos. Por otra parte, además del petróleo, el gas o el carbón, en los próximos decenios se alcanzará el pico productivo de otros materiales igualmente decisivos para la trama infraestructural y tecnológica de las sociedades contemporáneas, con los conflictos geopolíticos en la disputa por la escasez que pueden detonarse. En este último aspecto juega un papel decisivo el hecho de que los gobiernos de los países extractivistas han reinvertido parte de los dividendos obtenidos de la exportación de recursos en el incremento de las políticas de consumo interno, estrechando progresivamente el margen del stock energético disponible para su traslado a otros países: el caso del gas argelino, un suministro básico para países europeos como Francia o España, es un buen ejemplo.

En este punto, es importante resaltar las asimetrías norte-sur (colonialidad ecológica), así como las desigualdades de clase al interior de los Estados-nación en lo relativo al acceso y al consumo de los flujos energéticos. El análisis de la crisis, por otra parte, no puede desoir variables relativas al racismo ambiental o a la ecología del trabajo, que permiten componer una imagen más compleja y ajustada de la situación que enfrentamos. Aunque es un tema que no se puede resolver de un plumazo, cabría también mencionar las consecuencias que el desabastecimiento energético puede tener sobre la

2 La Tasa de Retorno Energético es la relación de entre la energía que se invierte y la que se obtiene. Por ejemplo, el petróleo ha llegado a tener una TRE de 1/100, es decir, se invertía la energía equivalente a un barril para obtener 100, mientras que actualmente está estimada en torno a 1/8. La energía invertida en la explotación de los yacimientos de combustibles fósiles y la energía obtenida de los mismos tiende a adelgazarse (esa TRE se ha medido habitualmente en barriles de petróleo) como consecuencia de que los pozos explotados resultan cada vez más inaccesibles, albergan crudo de peor calidad o aún no han sido habilitados.

creciente precarización del trabajo en el primer mundo, donde la situación crítica que vive el empleo incorpora otras dimensiones como la tecnologización competitiva de los procesos productivos, dependiente a su vez de la sostenibilidad de los inputs energéticos. Este apunte permite además introducir una reflexión respecto al vínculo moderno entre energía y emancipación, entendida esta en su concepción burguesa, como tiempo de ocio. Ese vínculo aparece sintetizado por la consideración de las máquinas como "esclavos energéticos", que facilitan las tareas productivas y reproductivas al tiempo que sostienen las relaciones formales o informales de explotación y dominación en y más allá del mundo del trabajo. Si un ciudadano ateniense tenía a su disposición una media de tres esclavos y no mantenía relaciones de dependencia en el plano económico, los "hombres libres" del asalariado moderno (lo que Aristóteles denominaba "esclavos a tiempo parcial") están rodeados en países como España de una media de cuarenta esclavos energéticos que adoptan la forma tecnológica y, sin embargo, no dejan de estar sometidos a relaciones de producción que impiden su acceso a o el control de los medios de extracción, producción e intercambio de bienes y servicios. Aquí radica, por otra parte, una de las cuestiones a las que tenemos que prestar atención al desarrollar la estrategia ecosocialista, porque supone una quiebra de los postulados de parte de la tradición marxista: el incremento de la producción no conduce por sí mismo a la emancipación de las clases populares.

2. Capitalismo verde y revolución cultural

Además de por lo ya apuntado, la inviabilidad del capitalismo verde se basa en el hecho de que ignora la génesis histórica misma del modo de producción capitalista, basada en una escisión entre economía y ecología que condujo a dotar de autonomía como ciencia al primero de esos dominios y a desconsiderar su sustentabilidad en los recursos disponibles en el medio natural. Esta bifurcación se sitúa en los escritos de los fisiócratas (quienes aún albergaban la vaga esperanza de que los recursos naturales se reprodujeran por sí mismos siguiendo la temporalidad de los ritmos productivos) y se consolida con la emergencia de la economía política clásica. Desde esta perspectiva, la crisis ecológica actual no solo demanda un cambio radical en el modo de producción, sino una revolución cultural que ponga en crisis el concepto mismo de producción, en la medida en que genera la ilusión de una agencia humana desprendida de la realidad biorrítmica de la naturaleza. Para autores como José Manuel Naredo, el tránsito desde la idea de adquisición de bienes procedentes de la naturaleza a la idea de producción inducida por la acción humana

marcaría ese umbral crítico, ante cuyas consecuencias nos hallamos en la actualidad. Las demandas de generación de beneficios implicadas por el modo de producción capitalista solo pueden reforzar una conciencia acaparadora desprendida de la noción de límite y funcional a la *hybris*, a esa desmesura que ya Sacristán señalaba como característica de las sociedades de consumo. Frente a la pátina estética que caracteriza la ecología del capitalismo verde, requerimos nada menos que recuperar una relación biomimética con la naturaleza (Riechmann) que descentre el modo en que nos auto-percibimos como especie. Para ello, tal vez ayude retrotraernos a una concepción de las relaciones ecosistémicas como la propuesta por los escritos de Erwin Schrödinger, el químico austríaco que identificó la vida orgánica como una forma de entropía negativa basada en la fotosíntesis de las plantas. Ellas serían las verdaderas "productoras" de vida, en la medida en que fijan orgánicamente la radiación solar, evitando su dispersión (su entropía) y estableciendo el origen del que depende el conjunto de la cadena trófica. En otra escala, ante la crisis energética se trataría de pensar cómo alumbrar un metabolismo ecosocial que reduzca en lo posible los inevitables procesos entrópicos descritos por la teoría termodinámica, frente a la constante aceleración a los que los somete el BAU.

Por otra parte, las promesas del capitalismo verde no enfrentan la necesidad de cuestionar la división moderna entre los ámbitos sociales de la producción y la reproducción, un aspecto central en la crítica que se viene desarrollando desde el ecofeminismo. La exaltación capitalista (y socialista) de la producción como ámbito de realización de las potencialidades humanas ha ensombrecido históricamente las tareas relativas a la reproducción y los cuidados, habitualmente asumidas por mujeres. En este plano, pese a poder afirmar el carácter progresivo del capitalismo respecto a formas atávicas de sometimiento de las mujeres, lo cierto es que, como señala Silvia Federici, la emergencia del industrialismo reforzó la división sexual del trabajo. Esta deriva se tornó especialmente grave en la medida en que el salario ha sido la vía de acceso a los derechos en los estados sociales de mercado, que tras la incorporación liberal de la mujer al empleo han tendido a generar efectos de racialización en lo relativo a esa subyugación femenina en el ámbito doméstico. Así, el ama de casa blanca ha sido sustituida por la migrante sin derechos, que a menudo realiza esas tareas al margen de cualquier cobertura social. Desde una perspectiva imaginaria, esta división entre producción y reproducción se fundamentó en una articulación conceptual en la que el varón aparecía asociado al mundo cultural del intelecto, mientras que las mujeres eran vinculadas con la matriz corporal de la vida, de modo que sus vientres (en simetría con la explotación de los recursos de la naturaleza)

fueron concebidos por el Estado capitalista como el aparato mecánico que había de dotar al capitalismo industrial de fuerza de trabajo.

La escisión entre naturaleza y cultura se prolongó también en la separación romántica entre los imaginarios de lo rural y lo urbano, que continúa vigente en el presente, generando todo tipo de ilusiones ideológicas respecto a la apuesta política por un retorno al campo. Esta sensibilidad, típicamente burguesa, se filtró en la cultura visual a través del paisaje pintoresco y es aprovechada por el capitalismo verde a través de nuevos nichos de mercado como el turismo de las casas rurales o la compra de segundas residencias en entornos de alto valor paisajístico, que ignoran las marcas que en el paisaje "natural" dejan procesos que van desde la agroindustria a los cercamientos implicados por las políticas conservacionistas. Frente a esta inercia sentimental, parece necesario reforzar el papel que una transformación radical de las ciudades ha de cumplir en un proyecto ecosocialista, minimizando su dependencia respecto a recursos externos a ellas. Contra las veleidades del greenwashing incentivado por el capitalismo verde, es urgente activar proyectos comunitarios de producción agroecológica en huertos urbanos, de grupos de consumo y de plataformas de sensibilización ecosocial que apuesten por la relocalización de los flujos energéticos y alimenticios, pero también políticas públicas que permitan asumir los retos que en una escala macro demanda la coyuntura actual.

Dicho lo anterior, resulta torpe presagiar un derrumbe del capitalismo (incluso en su vertiente verde) que dé por sentado que los procesos detonados por la crisis ecológica no están sometidos a un cierto grado de variabilidad derivado de su interacción con otros factores. En este sentido, si bien las premuras que se plantean en el plano de la transición energética son ineludibles (con la exigencia paradójica de incrementar temporalmente el consumo de combustibles fósiles para cubrir la demanda energética implicada por la adecuación infraestructural del mix energético a las energías limpias, que en todo caso solo alcanzarían a cubrir el 40% del consumo energético actual de un país como España), es posible que la obsesión pedagógica basada en la alerta de las fechas tenga efectos contraproducentes, desacreditando al movimiento ecosocial en la medida en que sus predicciones sean inexactas. Frente a las acusaciones de determinismo ecológico procedentes de intelectuales neokeynesianos como Viçens Navarro, es necesario articular respuestas complejas que atiendan a la pluralidad de temporalidades y a las intersecciones entre las dinámicas que venimos señalando: inviabilidad energética, colapso ecológico, crisis económicas derivadas de la financiarización, tecnologización de los procesos productivos, precarización y adelgazamiento de las sociedades basadas en el empleo, insostenibilidad de los cuidados, etc. De alguna manera, se trataría de generar una síntesis entre lo que podríamos llamar el límite externo de la crisis y el límite interno de la reproducción del capital, de conjugar la crítica ecológica y la crítica del valor-trabajo (por ejemplo, presentando los debates en torno a la reducción drástica de la jornada laboral o la provisión de una renta de ciudadanía desde una perspectiva ecosocial).

Por otro lado, es conveniente escapar, a propósito del colapso ecosocial, de aquellos restos de la escatología marxista que presuponen una relación automática entre, por un lado, las crisis derivadas de la dialéctica entre el desarrollo (o, en este caso, quiebre) de las fuerzas productivas y la inadecuación de las relaciones de producción y, por otro, la emergencia de un nuevo sujeto revolucionario. En las condiciones subjetivas derivadas del receso de la cobertura social de los estados del bienestar el ecofascismo tiene todas las de ganar. Por lo tanto, lo que requerimos es más bien una crítica del decurso de la modernidad (incluida -o especialmente de- su vertiente tecnocientífica) que no sea moralizante, sino que trate de politizar el malestar colectivo en una dirección emancipadora. Esto implica ante todo imaginar nuevas formas de comunidad que puedan materializar una vida buena que no se alimente únicamente de los imaginarios redistributivos del Estado del bienestar. De alguna manera, nuestro límite histórico consiste justamente en que permanecemos atrapados por la nostalgia derivada de la ruptura de lazos comunitarios que se basaban en estructuras de la vida social y en intercambios metabólicos que no son recuperables: la historia no es una teleología (no avanza hacia un fin predeterminado), pero tampoco retorna nunca hacia atrás. Como destacó Polanyi, las instituciones de protección social que surgieron como respuesta a la generalización del libre mercado respondieron a la desintegración de comunidades, la ruptura de solidaridades y la expoliación de la naturaleza, **pero implicaron una recomposición del vínculo social que ya no respondía a esa cosmovisión anterior.**

Daniel Tanuro ha destacado que las promesas del capitalismo verde se ciñen habitualmente a la lógica de la eficiencia energética, cuando esta es insuficiente si no va acompañada de un descenso del consumo de energía y materiales. Ese es solo un aspecto del imaginario y las previsiones que esa deriva del neoliberalismo está poniendo en juego. Es notable el modo en que las elites económicas y militares, mucho más estratégicas que la izquierda política y cultural, están aprovechando la crisis ecológica para generar nuevos nichos de negocio (como los seguros asociados a las consecuencias del cambio climático) o respuestas a potenciales escenarios de catástrofe humanitaria y conflictos de todo tipo (guerras verdes y militarización de la ecología). Por si esto fuera poco, la precarización del trabajo, la ideología securitaria, el recorte de derechos sociales y políticos y los nuevos dispositivos de control pueden anticipar modelos de gobernanza sumamente útiles a una salida autoritaria (postdemocrática y postliberal) a la crisis ecosocial.

Por otra parte, otro de los grandes retos culturales que enfrentamos en el futuro es dar respuesta al capitalismo comunicacional y la saturación de estímulos de los entornos tecnológicos, tendentes a reforzar una sensación de presentismo vital que impide a la ciudadanía una conexión generacional con el pasado y el futuro, vital para cualquier respuesta razonable a la crisis ecosocial. Paradójicamente, ciertas actitudes de la izquierda y el ecologismo tiende a reforzar esta tendencia, en la medida en que su relación con el pasado y el futuro resulta paralizante. En cuanto al pasado, esas actitudes oscilan entre quienes encuentran en él unas señas de identidad que les proveen de una identificación nostálgica y quienes desdeñan como un todo las luchas sociopolíticas de la izquierda histórica por su confluencia con la ideología productivista. En ambos casos, la historicidad de ese pasado y la posibilidad de conciliarse con sus vectores liberadores desde una perspectiva ecosocial tiende a quedar cancelada. En cuanto al futuro, las urgencias que depara la crisis civilizacional generan a veces respuestas que pasan por alto ya no solo las condiciones y límites materiales del cambio en el modelo productivo, de distribución y consumo, sino los propios del cambio cultural, recurriendo a modelos de conversión religiosa (Sacristán) de difícil constatación práctica. Estas proyecciones tienden a presentar el futuro como un tiempo de descuento (Marina Garcés), como una prórroga de la modernidad en la que, al modo de sujetos angélicos, pareciera posible formatear de un día para otro nuestra constitución subjetiva, como si ese gesto bastara para que desaparecieran de modo súbito las estructuras económicas e institucionales del capitalismo global. No es extraño que tal posición tienda a promover reacciones que se aferran a un presentismo hedonista.

Esto no debería impedirnos formular una crítica del capitalismo comunicacional que señale los paralelismos entre la hiperdisponibilidad de estímulos que generan sus entornos tecnológicos y la desconexión que experimentamos respecto al stock de recursos y materiales que hasta ahora ha garantizado el bienestar de amplias capas de la población de los países occidentales, y que presentimos de modo erróneo como inagotable, a tiro de click. No podemos dar por sentado que ese tipo de procesos no generan en paralelo diversos cuadros de malestar psíquico, que van desde la psicosis compulsiva a la bipolaridad, y que responden a una tonalidad emotiva de época que Mark Fisher ha denominado "hedonia depresiva", en la que la satisfacción del deseo coincide con los síntomas de la depresión. La hiperconexión genera sus propios monstruos. Se trataría de imaginar y materializar formas de relación con las tecnologías de la información, la cultura visual y el entorno socioambiental que no respondan a la configuración de un deseo

basado en la abundancia, y que contribuyan a generar un imaginario que favorezca la implementación de soluciones prácticas e instituciones del común (no socialdemócratas). Ese deseo ecosocialista debería constituirse como una subjetividad no mesocrática, en la medida en que serían las propias clases medias (hasta ahora más seducidas por los imaginarios del capitalismo verde que cualquier otro segmento social) las que, al menos en ciertos segmentos, verían amenazado su estatus material por un modelo sustentable de vida en común. Este desplazamiento del imaginario ecosocial implicaría, por tanto, una dimensión antagonista habitualmente ausente en el movimiento ecologista. Podríamos decir que esta ha sido hasta ahora la causa tanto de su (relativo) éxito en términos simbólicos como de su (relativo) fracaso en términos políticos.

Si los discursos ecosociales no han dado este paso de manera más decidida es porque presuponen el corto alcance que podría tener. Con frecuencia, la inviabilidad que otorgamos a la constitución de un deseo ecosocial que haga frente a los retos de la crisis de civilización no se debe solo a que constatemos la hegemonía neoliberal en la producción de subjetividad. Incluso cuando admitimos que esa configuración subjetiva no se ve siempre colmada por un respaldo material en el acceso al consumo, damos por sentado que la frustración social que genera no puede ser politizada por una demanda radical que reconfigure el deseo en torno a una imaginación ecosocial basada en la austeridad (o por, pensarlo en positivo, en lo que Kristin Ross ha denominado el "lujo comunal"). Pero pensamos así porque naturalizamos el paisaje social sobre el que se asienta esa proyección: una sociedad atomizada en individuos que tan solo expresan su deseo bajo el reclamo de derechos agregados o potencialidades escindidas de realización personal. Sin embargo, nada debería hacernos presuponer que una recomposición colectiva, probablemente forzada, de las formas de vida subalternas, no pueda volver a construir la subjetividad comunista desde unos parámetros que asuman afirmativamente el reto de ajustar los deseos a la conjunción de necesidades y deberes comunes. El gran reto que enfrentamos es evitar que eso solo suceda tras una fase en que ese malestar podría ser crecientemente acaparado por soluciones políticas de corte ecofascista, que sin embargo no podrán articular fácilmente una respuesta material que satisfaga demandas populares aún ancladas en imaginarios de la abundancia. En todo caso, de lo anterior se deriva que desde una perspectiva ecosocial el deseo no puede agotar el horizonte de la emancipación. O quizás sería más preciso decir que el deseo es una forma de la liberación asociada a la era de la emancipación basada en la abundancia y la producción, pero que necesariamente perderá centralidad en la era de la supervivencia, solidaria de la escasez y el sostenimiento

común de las tareas reproductivas. Lo que parece incuestionable es el reto de reconfigurar los contenidos del deseo anticipándonos a esa deriva ecofascista y de favorecer aquellas prácticas materiales que en los diversos ámbitos (economía, política, cultura, producción) puedan articularse con la eventual reaparición de una subjetividad comunista.

3. El hilo verde del marxismo

La reconstrucción del hilo verde del marxismo suele hacer partir su recorrido de los años sesenta. Este debería ser el primer motivo de indagación. ¿Por qué en los sesenta? Ese origen es también la cifra de un vacío, de una desconexión entre marxismo y ecología de la que, según estudios recientes, no participarían los fundadores del materialismo histórico. En buena medida, ese hecho podría asociarse al giro cultural que afectó al marxismo occidental después de Gramsci. Como observó Perry Anderson, esta inercia concedió durante el siglo XX especial importancia a cuestiones relativas a la estética, la epistemología o la crítica cultural, sin terminar de articularlas con una renovación de la teoría revolucionaria, las aportaciones del materialismo histórico (si dejamos al margen la historia social británica) y la actualización de la crítica de la economía política. A ese apunte decisivo de Anderson, habría que sumar otro: el desdén del marxismo occidental por las aportaciones de la ciencia, tempranamente emparentada con la racionalidad instrumental (Escuela de Frankfurt), fugazmente atisbada como una expresión de la superestructura de las sociedades burguesas (como en algunos pasajes del Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel*) o reducida a la pobreza intelectual y a la ortodoxia política del *diamat*, que apropiándose de la dialéctica de la naturaleza de Engels consagró un materialismo dialéctico de carácter cientificista como la filosofía oficial del Estado soviético. Este rechazo de la ciencia impidió asumir de manera productiva y acuciante las contribuciones provenientes de la ecología, que podrían haber permitido redoblar una crítica de la tecnociencia no estrictamente culturalista (como la planteada por Adorno y Horkheimer), así como recuperar las aportaciones de ecólogos y pensadores socialistas como Vernadsky o Bujarin, cuya memoria fue lapidada por el estalinismo.

A grandes rasgos, podemos distinguir varias fases en el desarrollo de esa relación entre marxismo y ecología a partir de los años sesenta. Una primera fase podría ser denominada como prefigurativa y se prolongaría hasta la década de los ochenta, en paralelo al surgimiento del movimiento ambientalista moderno. En esta etapa, ubicamos a

diferentes pensadores socialistas que observaban las aportaciones de la ecología como susceptibles de ser entremezcladas con la crítica propuesta por el materialismo histórico, pero que en todo caso establecían entre ambas dimensiones (la crítica ecológica y el marxismo) una relación de exterioridad: se trataba de propiciar el encuentro, no de identificar una posible vertiente ecológica *en* el marxismo. Entre la nómina de autores que figuran en este primer apartado -con una orientación intelectual y disciplinar no unívoca- podemos incluir a Barry Commoner, István Mészáros, Herbert Marcuse, Paul Sweezy, Rudolph Bahro, Raymond Williams, Richard Levins o Richard Lewontin. En este período, la difusión del Primer Informe del Club de Roma (1972) supone un parteaguas en las posiciones adoptadas por el marxismo con una sensibilidad ecológica.

A partir de los años setenta y ochenta, esta relación muta de la mano de la emergencia de la Green Theory y el ecologismo: las posiciones próximas a la ecología profunda y el neo-malthusianismo tienden a plantear una oposición entre marxismo y ambientalismo que coincide con el desastre ecológico de Chernobyl (1986) y la crítica del productivismo de la URSS. Ante esta situación, se articula la primera fase del ecosocialismo como una especie de respuesta defensiva, que no deja de enfatizar las carencias ecológicas del pensamiento de Marx. Se plantea entonces la necesidad de "verdear" a Marx, incorporando la crítica del prometeísmo productivista impulsada por el ambientalismo. Entre la pléyade de autores que se pueden ubicar en esta segunda época -no necesariamente identificados con la tradición marxista, pero que recuperan algunos de sus aspectos o son objeto de su discusión- encontramos a Daniel Bensaïd, André Gorz, Michael Löwy, Joan Martínez Alier, James O'Connor o Daniel Tanuro. Una segunda fase del ecosocialismo se iniciaría en los años noventa. Su gran aportación consistiría en el redescubrimiento de un marxismo ecologista que se remitiría a las fuentes mismas del materialismo histórico (la obra de Marx y Engels) y que por tanto ya no supondría una relación de exterioridad entre marxismo y ecología. Desde esta perspectiva, "Marx y Engels habrían desarrollado una teoría dialéctica de las condiciones y crisis socioecológicas" (Bellamy Foster) que presentaría las bases para una conjunción entre socialismo y sostenibilidad.

Estos esfuerzos han llevado a que un conjunto de autores próximos a la órbita de la Monthly Review hayan impulsado una minuciosa revisión de la obra de Marx en la que se explora la relación de los conceptos fundamentales de *El capital* con las aportaciones procedentes de diversos ámbitos de la ciencia decimonónica, particularmente de la

biología evolutiva (Darwin), la física termodinámica (Clausius) y la química agrícola (Liebig). Todas ellas habrían estado presentes en la constelación teórica articulada por Marx en torno a conceptos como fuerza de trabajo, metabolismo socioambiental o fractura metabólica. Estas nociones habrían permitido a Marx describir el desplazamiento del modo de producción capitalista respecto a la sustentabilidad energética y orgánica con base en la agricultura y en los recursos fósiles y materiales. A su vez, ese enfoque persigue rearticular una teoría coevolutiva de las relaciones entre hombre y naturaleza donde la historia social se reubique como parte de la historia natural, evitando las relaciones de dominio sobre lo natural derivadas de una concepción antropocéntrica de la ciencia. En esta interpretación, la ecología se sitúa en el corazón de la crítica marxiana de la economía política, no como un añadido externo a ella. Se trata de un Marx materialista (pero no productivista) que conectaría con una tradición subterránea, cuyo origen se situaría en el materialismo de la Antigüedad (Epicuro y Lucrecio) y que permitiría extender el paradigma crítico del materialismo histórico en una dirección naturalista.

Estas líneas de investigación, que en muchos casos se entrecruzan y se alimentan mutuamente, aportan una definición de los elementos proto-ecológicos presentes en la obra de Marx. Si bien no es lugar de entrar en una exposición sistemática de estos elementos, sí cabe apuntar algunas cuestiones. Primero, es importante resaltar la cuestión sobre el carácter ecológico de la obra marxista, lo que de paso debe servirnos para eliminar ciertas críticas que achacan el estudio de los componentes ecológicos del marxismo a una suerte de hipocresía oportunista que sólo trata de “arrimar el ascua (del movimiento verde) a su sardina”. Los elementos teóricos de la obra de Marx, así como el interés científico que mostraron tanto él como Engels y los primeros teóricos del marxismo no son una impostura ni se obtienen mediante una interpretación forzada de sus escritos, al contrario: están bien presentes y teorizados, si bien no están desarrollados a nivel de proyecto político. La razón por la que no se desarrollan en la obra de Marx no podemos conocerla, pero sí intuirlo razonablemente: en primer lugar, Marx planteó un proyecto de investigación de enormes dimensiones que superaba con creces la capacidad de cualquier individuo, y evidentemente dejó muchos cabos sueltos¹; en segundo lugar, las consecuencias de su teoría de la naturaleza y de su relación con las sociedades humanas describía adecuadamente la dinámica que el capitalismo ha acabado haciendo explotar, pero darle un desarrollo político específico en el momento en el que Marx escribe tenía que resultar forzosamente absurdo, puesto que el despliegue de las economías industriales en aquel momento no hacía posible concebir el agotamiento de la naturaleza, que sólo un siglo más tarde empezó a ser una realidad social.

Otra cuestión previa es la del productivismo en Marx, que ha sido también abundantemente discutido. En este punto, es tentador situar los elementos más productivistas en la deformación ejecutada por el DIAMAT y, en general, por la política estalinista. Igualmente tentador sería, para quienes nos situamos en la tradición de marxismo revolucionario, achacarlo a lo que Sacristán llamaba “marxismo vulgar”, es decir, a esas simplificaciones del materialismo que se contentan con un juego de

incremento de la producción y emancipación de la clase obrera. Sin pretender exculpar estos fenómenos – y especialmente el estalinismo – lo cierto es que ya en Marx y Engels, así como en otros autores de orientación marxista, hay un vector productivista que abre líneas contradictorias con los elementos proto-ecológicos a los que nos referíamos anteriormente, una contradicción que no tiene fácil solución ni a nivel teórico ni a nivel político. En esta línea, cabe recordar, como señala Jorge Riechmann, que el marxismo tiene sus raíces en la Ilustración, y que de ella hereda tanto la orientación emancipadora como las derivas tecnocientíficas y productivistas. Trabajar sobre una propuesta teórica y política que desarrolle la primera y depure las segundas dentro de un marco socio-ecológico es por tanto una tarea fundamental.

Entrando ya en los elementos proto-ecologistas propiamente dichos, señalaremos brevemente tres aspectos fundamentales que es imprescindible tener en cuenta. En primer lugar, el materialismo, del que se ha hablado antes; en segundo lugar, el concepto de naturaleza; y en tercer lugar, la noción de metabolismo sociedad-naturaleza. El concepto de naturaleza en Marx es fundamental porque condiciona tanto su antropología como su teoría de la creación de valor³. No nos detendremos en la cuestión de naturaleza objetiva y subjetiva – si bien el tema es de importancia, alargaría demasiado este texto – pero es importante señalar que, en línea con los postulados materialistas, Marx afirma la naturaleza como marco de realidad para toda actividad y también fuente de generación de valores de uso. “Materia natural y trabajo” son los elementos que subyacen a cualquier producción, y más allá de eso, Marx avanza que, en su producción, el hombre sólo puede proceder como la naturaleza misma, vale decir, cambiando, simplemente, la forma de los materiales. Más aún:

ese trabajo de transformación se ve constantemente apoyado por fuerzas naturales. El trabajo, por tanto, no es la fuente única de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es el padre de esta, como dice William Petty, y la tierra, su madre (Marx 1975: 53).

En este pasaje se observa con claridad la importancia de la naturaleza como una realidad objetiva en la que se inserta la actividad humana, no sólo como un límite externo – que sería el establecido por la presencia de materia natural sino porque el ser humano sólo puede producir imitando la naturaleza. Y esa producción es un intercambio, una mediación, como especifica más adelante al describir el trabajo como “un proceso en el que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza” en el que el ser

3 Para profundizar en este tema es muy recomendable *El concepto de naturaleza en Marx*, de Alfred Schmidt. Madrid, Siglo XXI, 2012

humano actúa como “un poder natural” (Marx 1975: 215). Con esto quedan solventadas las bases más elementales de la concepción del trabajo en términos abstractos, como medio de satisfacción de las necesidades materiales. Evidentemente, en estos pasajes Marx no determina cuál ha de ser el mecanismo concreto por el que la cultura se desarrolle, esto es, cuáles son las formas de vida que permitan satisfacer las necesidades materiales de la supervivencia, pero sí los elementos básicos sobre los que se construyen.

El término metabolismo, que ya aparece en la cita anterior, es otra de las piezas clave para construir un planteamiento ecosocialista. Con este término Marx plantea la relación que tienen los seres humanos, en tanto que pertenecientes a la naturaleza, con el resto de la naturaleza. En sus escritos tempranos parece defender un horizonte de emancipación en el que las sociedades, liberadas del capitalismo, establecen una relación de armonía con la naturaleza; sin embargo, el Marx maduro opera con una noción de ser humano-naturaleza en conflicto. Efectivamente, una antropología que no incurra en cierto misticismo tiene que asumir que los seres humanos necesitan operar sobre la naturaleza objetiva para obtener sus medios de vida. Aquí es donde la noción de metabolismo sociedad-naturaleza adquiere su relevancia, en tanto que designa las relaciones que establecen las sociedades para solventar las necesidades, relaciones que dependen de la forma que adquiere la naturaleza y deben adaptarse a sus patrones de desarrollo y regeneración.

4. Lazos del ecologismo con el ámbito político

La relación del ecologismo con otros movimientos y especialmente con los agentes políticos es relevante porque apunta los límites de un ecologismo que, en muchos momentos, se ha pretendido ajeno a la lucha política, y porque en una clave amplia, la lucha ecosocialista debe ser capaz de trabajar sobre esas relaciones para ampliarlas y construir un sujeto revolucionario.

Tal vez la marca más constante de los lazos que el ecologismo ha establecido con otros ámbitos de lucha es la del recelo respecto a los partidos políticos. Se trata de un recelo que es compartido por muchos otros movimientos sociales, como pueda ser el feminista o los sectores autónomos, y debe entenderse en un marco histórico amplio. En efecto, más que a momentos concretos o al carácter de una u otra organización, la distancia que en muchos casos muestra el tejido ecologista respecto a la política es propio de un momento de reflujo en el que los grandes horizontes revolucionarios están muy

débiles. En las fases en las que esto no era así, la unidad de acción era más fácil de conseguir y así lo muestra la experiencia del primer tercio de siglo en el estado español, cuando la CNT hegemonizaba un proceso revolucionario en el que, de un modo u otro, diversos actores estaban implicados. Esto no debe leerse como una aspiración a una unidad organizativa y política que no sería deseable, ni a una fusión de lo social y lo político, que tienen y deben mantener una autonomía. Pero sí a la creación de lazos y espacios comunes que permitan a los movimientos y las organizaciones revolucionarias funcionar en conexión. Esa creación de nexos entre vasos comunicantes debe ser una de las tareas del periodo.

Por otra parte, el marco social, con el descrédito de lo político y el cierre de la política a lo institucional ha sido una de las operaciones más exitosas del neoliberalismo. Ese concepto de una política al margen de la vida colectiva, en el extremo opuesto de la política plebeya de Bensaïd, es otro de los obstáculos fundamentales para una adecuada relación entre movimientos y política, ya que sitúa a las organizaciones sociales en una situación en la que apoyar o trabajar con los partidos es una fuente de riesgos, tanto a nivel de credibilidad como de autonomía. En un marco de reflujo con predominio de luchas defensivas, el trabajo de tejer relaciones tiene que pasar por una participación que no pretenda instrumentalizar y también por una tarea de impulso en la que probablemente una organización revolucionaria tenga que dar más de lo que recibe para compensar el desgaste que afrontan los movimientos y superar la relación de desconfianza.

A modo de esquema, podemos hablar de tres formas de desarrollo de los movimientos ecologistas. En primer lugar, los movimientos de orientación conservacionista, que surgen en torno a los años 60 del siglo XX – sobre algunos precursores de finales del XIX y principios del XX – son probablemente los más numerosos y los que atraen a activistas y simpatizantes de un espectro ideológico más amplio. Desde activistas contra el uso de la química en los campos, o contra la destrucción paisajística, hasta algunos que plantean luchas más conflictivas para el capital, como puedan ser la defensa de territorios frente a inversiones urbanísticas, se trata de movimientos que, en general, tiene una orientación muy concreta y mantienen relaciones con la política sólo en la medida en la que refuerzan esas luchas. En segundo lugar, una orientación más amplia es la que ha tomado el planteamiento ecosocial, una línea amplia en la que se pueden integrar desde la ecología

de los pobres (Martínez Allier) hasta las orientaciones ecofeministas⁴; son movimientos que toman conciencia del impacto de lo ecológico en lo social y también del sesgo social, de clase, que tiene la crisis ecológica. En este sentido, son netamente políticos – aunque normalmente no participan en la política institucional – y son un aliado evidente. Por último, aunque históricamente son más antiguos que la orientación ecosocial, nos referiremos a los partidos verdes. Generalmente vinculados a la izquierda extraparlamentaria, los partidos verdes surgen originalmente en el norte de Europa y alcanzan una experiencia modélica – en el peor de los sentidos – en Alemania. El destino de los partidos verdes se ha ligado en casi todos sus experimentos a formas de adaptación al capitalismo verde, renunciando a sus orígenes radicales y encontrando su hueco institucional en diversas formas de relación con los partidos socialdemócratas. El resultado, no ya en términos de transformación ecosocialista sino de cualquier avance objetivo, es tan pobre como se pueda imaginar⁵.

5. La cuestión del programa

Existe una desfase evidente entre la situación objetiva, de crisis socio-ecológica a gran escala, con previsiones científicamente fundadas de declive y colapso en pocas décadas, y la situación subjetiva, caracterizada por unas clases populares cuya vivencia apenas da tiempo para una asunción de la crisis y por una serie de limitaciones sociales que hacen muy difícil la salida de esta situación. Esta contradicción parece remitir a la descrita por Trotsky al elaborar el programa de transición, y aunque los paralelismos históricos no son recomendables, lo cierto es que la estrategia sí podría, con todas las adaptaciones necesarias, ser útil para afrontar el desarrollo programático necesario para este periodo.

Una primera cuestión es la que se refiere a lo que entendemos actualmente por transición. Si en los movimientos revolucionarios clásicos la transición se refería al paso de sociedades capitalistas a sociedades socialistas, en este momento tenemos que asumir

4 En este punto es importante seguir la obra de Yayo Herrero pero también algunas revistas de referencia como la Revista de Ecología Política o la Revista Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Climático

5 Sobre este punto es clave la obra de Jorge Riechmann *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Alemania, Holanda y Francia* (Editorial Revolución, Madrid 1991). Más brevemente, se puede consultar un artículo sobre el Partido Verde alemán: <https://www.elsaltodiario.com/alemania/veinticinco-anos-de-los-verdesalianza-90-de-fabula-te-narratur#>

que la transición no se limitará al modelo social y económico, sino que tomará dimensión civilizatoria, y esto parece inevitable más allá del curso concreto de los acontecimientos políticos. Un éxito político, un acierto que alcance a darle orientación revolucionaria a la situación de crisis no evitará que los recursos fósiles decrezcan hasta prácticamente agotarse o que la temperatura del planeta se eleve. El patrón de producción y consumo tendrá entonces que asumir una transición del metabolismo económico, que no dispondrá de las enormes cantidades de energía de las que ha dispuesto el capitalismo ni podrá desarrollarse en un entorno climático estable.

Sin embargo, empezábamos este apartado – y se ha repetido a lo largo de todo el texto – diciendo que las sociedades tienen serias dificultades para comprender la magnitud de la crisis. Existen, por supuesto, estudios y aportaciones tanto del ámbito académico como de la investigación militante, que nos permiten, en teoría, analizar y entender el escenario socio-ecológico, pero existen igualmente bloqueos que dificultan el manejo de estos datos, y sobre todo impiden que asumamos la crisis. No obstante, el escenario social podría estar a las puertas de un cambio en la medida en la que el obstáculo principal va a modificarse por la inminencia de la crisis. Efectivamente, la ausencia de un conflicto cercano que dé cuerpo a las luchas socio-ecológicas era un obstáculo mayor⁶, pero esta ausencia va a desaparecer. Desgraciadamente, la posibilidad de adelantarse a las crisis ecológicas para evitarlas ha resultado estéril, y nos encontramos ante la situación paradójica de que la llegada de buena parte de los efectos más visibles de la crisis – algo, evidentemente, indeseable – es, al mismo tiempo, la apertura de una posibilidad de conflicto y transformación revolucionaria.

Un problema específico que tendremos que abordar si queremos abordar el tiempo de conflicto en condiciones de obtener resultados es la expectativa social. Por una parte, los deseos y aspiraciones de la mayor parte de la sociedad están modelados por el neoliberalismo, esto es, por una incesante maquinaria de adquisición y consumo que no es en absoluto funcional para la emancipación ni para el desarrollo de una vida buena para la mayoría, pero que es percibida como si lo fuera. Por otra parte, la situación de crisis económica y social sitúa a buena parte de la población en una situación de necesidad en la que un programa centrado en las bondades de la frugalidad puede ser casi ofensivo, y sin

6 En esto coinciden tanto la sociología y la psicología, que muestran las dificultades que tienen las sociedades humanas para modificar sus pautas de comportamiento a medio plazo, como la teoría marxista, que afirma la necesidad de un conflicto para que se dé la transformación

duda, desmovilizador. Un programa que proyecte la adaptación a una vida social intensa y adaptada a los límites ecosociales debe ser capaz de crear un discurso alternativo al desarrollismo consumista del neoliberalismo, y al mismo tiempo hacerlo sobre la base de medidas concretas que solucionen las necesidades colectivas de forma distinta, conectando con las medidas que buena parte de la izquierda reconoce como propias y dándole a estas medidas una dimensión anticapitalista, esto es, comunitaria, no mercantil, y radicalmente democrática.

El paralelismo con el programa de transición radica precisamente en este punto, en la necesidad de evidenciar la posibilidad de otra sociedad, otra estructura de relaciones sociales y de distribución de los bienes y del poder, cuando las mayorías sociales han sido objeto de una socialización profundamente capitalista y se encuentran en un contexto de reducción de sus expectativas materiales. La gran diferencia con el momento en el que se elabora el programa de 1938 es que en ese momento no existía una contradicción tan fuerte entre las expectativas sociales y el horizonte de posibilidad. En aquel momento era posible un proyecto político que se basara en un incremento de los bienes materiales para la mayoría de la población, mientras que hoy ese proyecto tiene que plantear fuertes reducciones en consumo de bienes físicos. La gran apuesta para las mayorías debe estar en dos ejes: democracia y comunidad. Democracia porque la mayor fase de acumulación de bienes materiales en la historia de la humanidad se está cerrando con un nivel de autonomía casi nulo para clases populares, que se encuentran en una situación de subalternidad política absoluta. Y comunidad porque el capitalismo ha arrasado los vínculos sociales hasta convertir la subjetividad en una parodia de lo que debe ser la vida humana, que necesita y se desarrolla plenamente en la colectividad, en la riqueza de la vida común.

Centrándonos en las medidas programáticas, un programa que desempeñe la doble misión de atraer a las amplias capas sociales para hacia medidas transformadoras y producir mejoras en la vida de las clases populares debe ser un programa centrado en el bien común y enlazado con las reivindicaciones históricas que la mayoría puede entender y percibir como beneficiosas. En esa primera línea, bienes comunes y colectivización de recursos de interés social son el primer paso:

- Colectivización de sectores estratégicos, entendidos no como sectores de interés para el estado sino de las clases populares. Así, frente a las propuestas de bajo

calado sobre pobreza energética o vivienda, un suministro energético controlado colectivamente y cuyos costes se financian bajo criterios de capacidad de pago y no de mercado. En la misma línea, colectivización del crédito: banca pública de interés social, insistiendo en el hecho de que la banca pública de hecho existe y ha existido en mayor porcentaje siempre que el sector financiero lo ha necesitado. No se trata de medidas arbitrarias o irrealizables, sino de poner al servicio de lo social lo que ya está funcionando al servicio de los intereses financieros. Y en tercer lugar, parque público de vivienda, ligado al anterior por dos vías: primero, porque el parque de vivienda ya está en buena parte en manos del sector financiero, por lo que nacionalizar este sector significa nacionalizar una enorme cantidad de vivienda, y segundo, porque la financiación de esas viviendas públicas debe estar a cargo del sector público controlado colectivamente.

- Plan de bienes comunes: territorio, agua, energía y clima. El uso social debe priorizarse y encajarse en la sostenibilidad real, bajo un marco en el que la agresión que el capitalismo ejerce sobre la naturaleza es cada vez más evidente. Un nuevo uso del territorio, vinculado con el replanteamiento del sector rural, es necesario y puede ser planteado como alternativa vital para millones de personas que viven en entornos rurales y para los cuales el criterio de explotación máxima (ganadería y agricultura intensivas con enormes daños ambientales) ya no es funcional ni siquiera para la explotación a corto plazo. Un plan que incluya medidas que favorezcan la repoblación del medio rural junto a medidas de apoyo a la agricultura ecológica y sostenible, lo que igualmente va a beneficiar la protección del paisaje, una de las cuestiones en las que el ecologismo puede conectar con amplias bases sociales, no tanto por el paisaje en sí mismo sino por el potencial identitario que tiene para el ámbito rural, como se ha mostrado en Salamanca con la fuerte movilización que ha suscitado la mina de uranio⁷
- Otro tanto es necesario en relación con el territorio y el transporte. El uso intensivo del transporte privado debe reducirse y en contextos urbanos llegar a su práctica desaparición. Sin embargo, es evidente que la estructura urbana y territorial no permite que esa decisión quede en manos de los usuarios del transporte. Los cientos de miles de familias que se han visto obligados a buscar vivienda en el extrarradio de las ciudades y a trabajar en el centro urbano o en

7 La movilización está uniendo la preocupación por el daño económico (la presencia de una industria tan contaminante ataca igualmente la agricultura y ganadería como el sector de turismo rural) con el rechazo a la destrucción de un patrimonio natural que está vinculado con la identidad colectiva de la región.

otras zonas del extrarradio, en muchos casos no pueden prescindir de un vehículo que en muchos casos es una enorme carga económica pero también una necesidad para mantener su trabajo. La reordenación debe venir ligada al parque público de vivienda, pero también a una inversión estratégica en transporte público y una transformación del mercado de trabajo.

- Infraestructura e inversión. Aunque el marco general debe orientarse a una reducción del impacto material de nuestras sociedades, la transición necesitará puntualmente inversiones estratégicas fuertes. Las dos más importantes serán la del transporte público y la del sector energético, y probablemente haya que plantear otras como son la adecuación del parque de vivienda para la reducción del consumo energético, al igual que en el sector de servicio público (colegios y centros sanitarios fundamentalmente)
- Trabajo y cuidado. Una reformulación profunda del reparto del trabajo tiene que surgir del cuestionamiento de la distribución del trabajo reproductivo y de su reivindicación frente al trabajo productivo. Los esquemas de producción, trabajo y cuidado de la vida tiene que invertirse, priorizando los primeros y volviendo a poner el trabajo productivo al servicio de la reproducción de la vida. Aquí se insertan medidas como la creación de redes y espacios comunitarios de crianza, cuidado y desarrollo comunitario, pero también una ordenación radical del trabajo, con reducción de jornada y mantenimiento de salarios. Unido a esto, la prestación de servicios públicos de cuidado debe modificarse; en primer lugar orientándose progresivamente a una transformación comunitaria en la que el estado sea un facilitador pero las comunidades – en los barrios o en los centros de trabajo – sean las que controlen el servicio, pero también en una reducción de la inversión privada para evitar que el cuidado sea un sector de negocio – como sucede hoy día.

Se trata, en resumen, de trabajar sobre alternativas sociales en lo económico y en lo social, para volver a poner la emancipación colectiva en el centro y ser capaces de alcanzar “un buen encaje en los ecosistemas”. Resulta evidente que en este proceso habrá contradicciones, como es la cuestión de la nacionalización – cuando una alternativa revolucionaria debe ir más allá y defender la colectivización comunitaria – pero en último término, en eso consiste un programa de transición, en sembrar el germen de una sociedad nueva utilizando mecanismos que incluyen tanto el ataque a la mercantilización

de la vida – y por lo tanto la reducción de los espacios de reproducción del capital – como el embrión de nuevas formas de vida.

6. Orientación estratégica e intervención

La propuesta política es abordar una diversidad de ejes en las que la consigna podría resumirse en construir por abajo y golpear por arriba. En lo que se refiere a la construcción, el relativo crecimiento del interés en estos temas, unido a la pobreza de las demás organizaciones políticas en ecologismo, debe entenderse como una oportunidad para ampliar el ámbito de influencia y, allí donde sea posible, intervenir en espacios o incluso crearlos, con el objetivo último de llamar la atención de nuestras socias en movimientos ecologistas sobre el hecho de que existe un conflicto de intereses en la sociedad y que la dinámica ecosistémica se debe a este conflicto, en el cual los intereses principales (o verdaderamente gobernantes) son ajenos a los que tendría hipotéticamente una mayoría social que apueste por la construcción de una sociedad alternativa

La territorialización de estas luchas ha sido un factor histórico en el ecologismo, por ejemplo con la cuestión nuclear, pero limitado. Si se va dando un incremento de la conciencia de lo ecológico como conflicto, uno de los aspectos será tratar de darle dimensión política a esa conciencia, trabajando en espacios abiertos y tratando de superar el cierre de filas interno que, por desgracia, ha caracterizado a algunos movimientos ecologistas. Además, están surgiendo realidades nuevas en torno a proyectos como Ciudades en Transición o colectivos ecofeministas y decrecentistas que hasta ahora eran casi residuales y que empiezan a atraer un público menos ideologizado pero con interés creciente. En este tipo de espacios, si somos capaces de conseguir una formación adecuada y un mínimo de coordinación, podemos aspirar a asumir funciones relevantes, asumiendo que se trata de formas de entrada al conflicto ecológico y que por lo tanto tienen un potencial amplio pero parten desde elementos muy contradictorios y carentes de perspectivas sistémicas ni ecosocialistas. Nuestras tareas en este tipo de espacios son de agitación y profundización para hacer visible la imposibilidad de plantear escenarios de encaje sistémico dentro del capitalismo.

Para este tipo de trabajo es imprescindible aprovechar la visibilidad de algunas de nuestras militantes históricas y de figuras importantes que están muy cercanas, pero

invirtiendo la tendencia que hemos tenido en el periodo anterior: es decir, usar los actos para invitar a activistas y organizaciones con los que queremos vincularnos, hacer trabajo de difusión y aprovecharlos para empezar a construir o reforzar los proyectos de movimiento. Sería bueno lanzar estos actos con una orientación lo más abierta posible y con carácter propositivo, haciendo visible una posición política coherente con iniciativa propia.

Las tareas “por arriba” son imprescindibles en el nivel de politización en el que nos encontramos y deben servir para poner objetivos importantes del movimiento, al menos en Podemos. Aunque la importancia de lo ecológico – no digamos lo ecosocialista – en Podemos es muy baja, la capacidad de agitación de los procesos electorales e incluso de los internos y la visibilidad de nuestros cargos pueden ser un mecanismo para colocar en la agenda política temas de importancia vital para las transiciones socio-ecológicas como son la cuestión energética o climática, y también elementos históricos de la lucha ecologista, como lo nuclear o la preservación de entornos naturales. Un buen trabajo en este ámbito puede producir, por otra parte, pequeñas victorias que son muy necesarias para alentar los procesos de construcción más movimentistas, puesto que dan ánimo y reducen la sensación de aislamiento.